

LECTURAS

Los libros del escritor, naturalista y zoólogo inglés Gerald Durrell (Gerry en los libros) (1925-1995): “Mi familia y otros animales”, “Bichos y demás parientes” y “El jardín de los dioses”, forman una trilogía deliciosa en la que el autor describe las vivencias de su infancia en una isla griega llamada Corfú, pocos años antes de la Segunda guerra mundial. Estas vivencias se refieren principalmente al descubrimiento de cualquier cosa referente a los animales (que desde muy pequeño le interesaron muchísimo), su relación con ellos y los conflictos que tenía con su familia (él era el más pequeño de los hermanos) por esta “manía” suya de estudiarlos.

GERALD DURRELL



En los libros aparecen muchas historias de animales y personas, de éstas las principales son: su madre y sus hermanos (Larry, Lesley y Margaret); su perro Roger; Teodoro que es médico y lo inicia en el estudio de los animales a los que también él es muy aficionado; Spiro amigo de la familia que es de Corfú y habla un inglés un tanto “especial”; el hombre de las cetonias* etc.

Como todo esto pasó siendo él pequeño, las historias las describe como las siente y vive un niño. A sus ojos personas y el resto de los animales sienten y actúan de la misma forma.

Son tres libros muy divertidos y son de Alianza Editorial, por si os interesa leerlos.

EXTRACTOS DE LA TRILOGÍA DE GERALD DURRELL

Esta es la historia de cinco años que mi familia y yo pasamos en la isla griega de Corfú. En principio estaba destinada a ser una descripción levemente nostálgica de la historia natural de la isla, pero al introducir a mi familia en las primeras páginas del libro cometí un grave error. Una vez sobre el papel, procedieron de inmediato a tomar posesión de los restantes capítulos, invitando además a sus amigos. Sólo a través de enormes dificultades, y ejercitando considerable astucia, logré reservar aquí y allí alguna página que poder dedicar, exclusivamente a los animales.

En el texto que sigue he intentado dibujar un retrato de mi familia preciso y ajustado a la realidad; aparecen tal como yo los veía. Para explicar, sin embargo, alguno de sus rasgos más curiosos, debo señalar que cuando fuimos a Corfú todos éramos aún bastante jóvenes: Larry el hermano mayor, tenía veintitrés años; Leslie, diecinueve; Margo, dieciocho; y yo, el benjamín, me hallaba en la tierna e impresionable edad de los diez años. De la de mi madre no hemos estado nunca muy seguros, por la sencilla razón de que no recuerda su fecha de nacimiento; todo lo que sé decir es que era lo bastante mayor como para tener cuatro hijos. Mi madre también insiste en que explique que es viuda, porque, según su sagaz observación, nunca se sabe lo que puede pensar la gente.

1) A Roger y a mí nos gustaban aquellas tormentas de verano. Era divertido chapotear en los charcos y notar que la ropa se te iba empapando cada vez más de lluvia cálida. Roger, además, se entretenía bastante ladrando a los rayos. En una ocasión, cuando la lluvia cesó pasábamos junto a las selvas de arrayán, y me metí en ellas, pensando en la posibilidad de que la tormenta hubiera hecho salir algún animal que normalmente estuviera resguardado del calor del día. Y en efecto, en una rama de arrayán había dos gruesos caracoles de color miel y ámbar,



que suavemente patinaban uno hacia el otro, meneando los cuernecillos con gesto provocativo. Yo sabía que lo normal era que pasaran lo más caluroso del verano en estado de estivación: se adherían a una rama conveniente, hacían una delgada puerta como de papel para tapar la boca de la concha, y se replegaban a lo más profundo de sus circunvoluciones, protegiendo así la humedad de su cuerpo del calor abrasador del sol. Obviamente, aquella tormenta súbita les había despertado y les había puesto alegres y románticos. Observé que se acercaban hasta tocarse con los cuernos. Entonces se detuvieron, y estuvieron largo rato mirándose muy serios a los ojos. Luego uno cambió ligeramente de posición, para poder pasar junto al otro. Cuando ya estaba al lado de él, ocurrió una cosa que me hizo dudar de mis propios ojos. De su costado y casi a la vez del costado del otro caracol, salieron disparados una especie de darditos blancos, frágiles y diminutos que estaban unidos cada uno de ellos a un fino cordel del mismo color. El dardo del caracol “nº uno” se hundió en el costado del caracol “nº dos”, y el dardo del caracol “nº dos”, hizo lo propio con el caracol “nº uno”. Quedaron, pues, en paralelo enlazados por dos cordelitos blancos, como dos curiosos veleros amarrados uno al otro. Eso en sí ya era asombroso, pero aún faltaban cosas más raras. Los cordeles parecía que se acortaban poco a poco, aproximando entre sí a los caracoles.

Mirándoles desde tan cerca que casi les tocaba con la nariz, llegué a la portentosa conclusión de que cada caracol estaba recogiendo su cuerda mediante algún increíble mecanismo interno, atrayendo de esa manera al otro hasta que los dos quedaron fuertemente apretados. Yo sabía que debían estar apareándose, pero sus cuerpos se habían mezclado de tal forma que no pude ver en qué consistía exactamente el acto. Permanecieron estáticamente unidos durante un cuarto de hora, y luego, sin siquiera despedirse ni darse las gracias, se alejaron deslizándose en direcciones opuestas, sin que en ninguno de los dos se advirtiera indicio alguno de dardos o cordeles, ni la menor muestra de contento por haber dado feliz culminación a su idilio.

Tanto me intrigó aquel comportamiento que estuve sobre ascuas hasta el jueves siguiente, en que Teodoro iría a tomar el té, para contárselo. Teodoro me escuchó basculando sobre las puntas de los pies y asintiendo gravemente a mi gráfica descripción de la escena que había presenciado.

—“Ajá, sí —dijo cuando terminé mi relato— ha tenido usted...hum...realmente...hum...ha tenido muchísima suerte de poder verlo. Yo he observado a muchísimos caracoles y no lo he visto nunca”.

Pregunté si los darditos y los cordelitos eran imaginaciones mías.

— “No, no —me respondió— es así, efectivamente. Los dardos están hechos de una sustancia así como...hum...calcárea, y, una vez dentro del caracol, desaparecen..., se disuelven. Parece que hay motivos para pensar que los dardos producen una sensación de *cosquilleo* que los caracoles, aparentemente...hum...encuentran agradable”.

Pregunté si acertaba al suponer que cada caracol había recogido su cordelito.

— “Sí, sí, totalmente cierto. Al parecer, tienen una especie de...hum... de mecanismo interior que les permite recoger otra vez el cordelito”.

Dije que me parecía una de las cosas más extraordinarias que había visto.

— “Sí en efecto, es curiosísimo —dijo Teodoro, y a continuación soltó un bombazo que me dejó boquiabierto—. Una vez colocados en paralelo...hum... la mitad macho de un caracol copula con la,...hum...mitad hembra del otro caracol y...hum... *viceversa*, por así decirlo “.

Tardé algunos instantes en asimilar tan pasmosa información.

— “¿Entonces —pregunté tímidamente— quería eso decir que cada caracol era a la vez macho y hembra?”

— “Hum, sí —respondió—: es hermafrodita”.

Y, mirándome con ojos risueños, se rascó un lado de la barba con el pulgar. Larry, que hasta ese momento había tenido puesta la expresión dolorida que solía adoptar cuando Teodoro y yo hablábamos de historia natural, quedó igualmente estupefacto ante aquella asombrosa revelación de la vida sexual de los caracoles.

— “Eso será una broma ¿no? —protestó— ¿no pretenderá usted insinuar que cada caracol es macho y hembra al mismo tiempo?”

— “Sí, así es —dijo Teodoro, y agregó, con magistral modestia—: es muy curioso “.

— “¡Santo Cielo! —exclamó Larry—. Lo que es, es una injusticia. ¡Que todos esos gusarapos viscosos anden seduciéndose unos a otros como locos por todos los arbustos, y experimentando los placeres de ambas sensaciones! ¿Y por qué no se ha concedido ese don a la especie humana, eh? Eso es lo que a mí me gustaría saber”.

— “Ahhh, sí. Pero luego tendríamos que poner huevos” —señaló Teodoro—.

— “Bueno —admitió Larry—; pero sería un pretexto maravilloso para cuando te invitan a una fiesta: *“lo lamento muchísimo, pero no voy a poder ir, tengo que incubar mis huevos”*”.

Teodoro dio un ligero relincho de risa.

— “Pero los caracoles no incuban los huevos —explicó—. Los entierran en terreno húmedo y los dejan ahí”.

— “¡Manera ideal de criar a los hijos! —terció Mamá inesperadamente, pero con absoluta convicción—. Ojalá yo hubiera podido enterrarlos a todos en un pedazo de tierra húmeda y dejarlos ahí “

—“¡Cómo puedes decir una cosa tan despiadada y desagradecida!” —dijo Larry—. Seguramente con eso que has dicho le has creado a Gerry un complejo para el resto de sus días”.

2) Fue en la villa blanca donde conocí íntimamente a las mantis: hasta entonces las había visto de vez en cuando merodear por los arrayanes, pero sin prestarles mucha atención. Ahora no tenía más remedio que observarlas, porque en la colina donde se alzaba la villa las había a centenares, y en su mayoría mucho más grandes que las que había yo encontrado anteriormente. De noche convergían sobre las luces de la casa batiendo sus alas verdes. Luego de aterrizar sobre mesas y sillas se ponían a dar zancadas con afectación, girando la cabeza de un lado a otro en busca de presa, mirándonos fijamente con sus ojos bulbosos y rostro sin mentón. Yo no sabía que pudieran alcanzar tan gran tamaño, pero algunas de las mantis que nos visitaban medían hasta once centímetros; aquellos monstruos no le temían a nada, y atacaban sin vacilar cosas tan grandes como ellas o incluso mayores. Debían creer que la casa era de su propiedad, y las paredes y techos, cotos de caza exclusivos suyos. Pero las salamanquesas que vivían en las grietas de la tapia del jardín pensaban lo mismo, por lo que insectos y reptiles se tenían declarada una guerra constante. La mayor parte de los encuentros eran meras escaramuzas entre individuos de ambas especies, en las que el equilibrio de fuerzas impedía que llegase la sangre al río. De cuando en cuando, sin embargo, se registraba una batalla espectacular. Tuve la suerte de presenciar uno de tales combates desde lugar privilegiado, ya que se desarrolló en los alrededores e interior de mi propia cama.



Durante las horas diurnas, las salamanquesas residían bajo el yeso suelto de la tapia. Según declinaba el sol iban apareciendo, asomando sus cabecitas por las rendijas para contemplar atentamente el entorno con sus ojos dorados. Entonces elegían su terreno de caza y reptaban hasta él por los muros, dirigiéndose unas a los dormitorios, otras a la cocina, mientras que algunas se quedaban en la misma terraza.

Una de aquellas salamanquesas escogió mi alcoba como coto particular. Yo la conocía muy bien y la bauticé con el nombre de Gerónimo, porque sus asaltos contra los insectos eran tan astutos y premeditados como las hazañas del famoso “pielroja”. Gerónimo parecía ser superior a los demás animales de su especie. En primer lugar, vivía solo, debajo de un pedrusco al pie de mi

ventana, y no toleraba que ninguna otra salamanquesa se acercara a su vivienda, ni mucho menos que entrara en mi alcoba. Se despertaba antes que sus congéneres y tragando saliva, se sentaba en el alféizar hasta que oscurecía y yo traía una lámpara. Con ojos chispeantes de entusiasmo subía contoneándose por la pared hasta su rincón favorito, el rincón exterior izquierdo del techo, y allí se colocaba cabeza abajo en espera de su cena. La comida no tardaba mucho en aparecer. Observar la táctica cinegética de Gerónimo era todo un curso de educación.

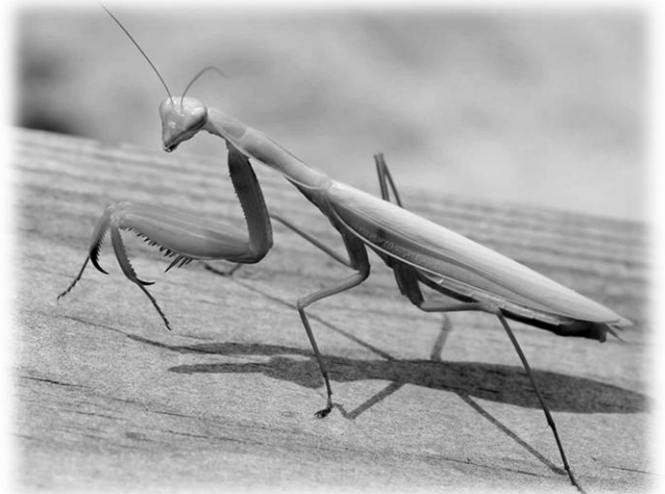
Colgado de su esquina, Gerónimo se ponía en tensión. Sacudía la cabeza un par de veces y luego empezaba a escurrirse disimuladamente por el techo, milímetro a milímetro, con la brillante mirada fija en el insecto. Poco a poco se deslizaba por el yeso hasta estar a unos quince centímetros de la presa: allí se detenía un instante y se le veía mover sus dedos almohadillados para afianzarse mejor. Los ojos se le abultaban de emoción, una sonrisa que quería ser de ferocidad horripilante se extendía por su rostro, la punta de la cola le temblaba imperceptiblemente, y con la suavidad de una gota de agua se arrojaba a través del techo; se oía un débil crujido, y Gerónimo se volvía radiante de satisfacción, con las patas y alas de su víctima asomándole entre los labios. Meneaba enérgicamente la cola con aire de cachorro contento y corría presuroso a su rincón para deglutir la comida a gusto.

Su actitud ante los rivales que pretendieran usurpar su territorio no podía ser más clara. Apenas habían tenido tiempo de subirse sobre el borde del alféizar y pararse a tomar aliento tras la larga escalada por el muro cuando se oía un latigazo, y Gerónimo cruzaba como una exhalación techo y pared para aterrizar en el alféizar con un golpe seco. Antes de que el recién llegado pudiera moverse, Gerónimo saltaba sobre él. Lo curioso era que, a diferencia de las demás salamanquesas, no atacaba al enemigo por el cuerpo ni la cabeza. Se lanzaba derecho por la cola del contrincante, y agarrándola con la boca a cosa de un centímetro de la punta tiraba de ella como un bulldog y la sacudía de lado a lado. El visitante, acobardado por tan insólito y rastrero ataque, recurría de inmediato al tradicional modo de defensa de los lagartos: se desprendía de la cola y escapaba a todo correr muro abajo. Gerónimo, un poco jadeante por el esfuerzo, se quedaba victorioso sobre el alféizar, con la cola del contrario colgándole de la boca y agitándose como una culebra. Tras asegurarse de la partida del rival, se instalaba cómodamente y procedía a comerse la cola, costumbre asquerosa que me producía profunda aversión. Pero al parecer era su forma de celebrar la victoria.

Las mantis que entraban volando en mi habitación solían ser bastante pequeñas. Gerónimo siempre quería pelearse con ellas, pero eran demasiado rápidas para él. Sus ojos bulbosos debían ser tan agudos como los de la salamanquesa, pues siempre le veían venir y se corrían apresuradamente mucho antes de tenerle a distancia de combate. La noche de la gran pelea, sin embargo, Gerónimo se encontró con una mantis que, lejos de alzar el vuelo, salió a su encuentro, poniéndole en un verdadero apuro.

Yo llevaba bastante tiempo interesado por la reproducción de las mantis. Había visto al desgraciado macho encorvado sobre el dorso de una hembra que, con absoluta indiferencia, se lo iba comiendo por encima del hombro. Incluso después de desaparecidas cabeza y tórax por la pulcra boca de la hembra, la parte posterior del macho seguía cumpliendo con su deber. Habiendo contemplado su algo salvaje vida amorosa, yo tenía mucho empeño en presenciar la puesta y eclosión de los huevos. La ocasión surgió un día que, andando por el monte, me topé, por así decirlo, cara a cara con una mantis hembra y de tamaño desmesurado que caminaba pomposamente por la hierba. Al ver que tenía el vientre dilatado comprendí que esperaba un feliz acontecimiento. Luego de pararse y balancearse sobre sus patas sueltas para observarme con frialdad, siguió su camino sorteando remilgosamente los tallos de hierba.

Decidí que lo mejor sería capturarla para que pusiera los huevos en una caja donde yo los pudiese contemplar a placer. En cuanto advirtió que intentaba atraparla, la mantis giró en redondo y se irguió cuan larga era. Extendió sus pálidas alas color jade y curvó los dentados brazos hacia arriba, en amenazadora actitud de desafío. Divertido ante su belicosidad frente a un ser inmenso respecto a ella, la cogí descuidadamente por el tórax con el pulgar y el índice. Al momento dobló sobre el dorso los largos y afilados brazos para cerrarlos sobre mi pulgar, y sentí como si me clavaran media docena de agujas. Sorprendido, la solté y me senté a chuparme la herida: tres de las pequeñas punturas eran realmente profundas, y al apretar me salían gotitas de sangre. Con ello aumentó mi respeto hacia la mantis; evidentemente era un insecto al que había que tomar en serio. A la segunda intentona tuve más cuidado y usé ambas manos, cogiéndola con una por el tórax mientras con la otra sujetaba los temibles brazos. En vano se retorció y quiso morderme, estirando su pérfida carita puntiaguda y pellizcándome la piel, pero sus mandíbulas eran demasiado débiles para hacerme ningún efecto. La llevé a casa y la recliné en mi alcoba en una jaula grande cubierta de gasa y artísticamente decorada con helechos, brezo y piedras entre los que se movía con esbelta elegancia. Le puse el nombre de Cicely —no por ninguna razón especial—, y desde entonces pasé largos ratos cazando mariposas para ella, mariposas que comía en grandes cantidades y con apetito, mientras su vientre seguía engordando y engordando. Cuando ya me parecía que estaba a punto de poner los huevos, no sé cómo encontró un agujero y se escapó de la jaula.



Era de noche. Yo leía sentado en la cama cuando, con gran zumbido de alas, Cicely cruzó volando la habitación y aterrizó pesadamente en la pared, a unos tres metros del lugar donde Gerónimo se atareaba en eliminar los últimos restos de una polilla excepcionalmente velluda. Con los labios llenos de pelusa, se interrumpió y miró con asombro a Cicely. Seguro que jamás había visto una mantis de ese tamaño, porque Cicely medía por lo menos un centímetro más que él. Atónito ante sus dimensiones y pasmado por el descaro con que aquella criatura invadía sus dominios, durante

algunos segundos Gerónimo no supo hacer otra cosa que quedársela mirando. Mientras tanto, Cicely giraba a todos lados la cabeza y miraba a su alrededor con aire de severo interés, como una solterona cualquiera. Repuesto de la sorpresa, Gerónimo decidió que había que darle una lección a aquel insecto impertinente. Se limpió la boca en el techo, sacudió rápidamente la cabeza y agitó la cola de lado a lado, sin duda para acumular en sí una furia asesina. Cicely ni se inmutó. Gerónimo, atragantándose de ira, bajó despacio por la pared hasta detenerse a un metro de la mantis para comprobar el agarre de sus patas una a una. Cicely, con asombro bien simulado, hizo como si le viera por primera vez. Sin cambiar de postura, giró la cabeza y miró por encima del hombro. Gerónimo le lanzó una mirada de odio y tragó con más fuerza. Cicely, tras examinarle fríamente con sus ojos saltones, reanudó su inspección del techo como si no hubiera tal salamanquesa. Gerónimo se aproximó unos cuantos centímetros, restregó los dedos una vez más y estremeció la cola. Luego se lanzó hacia adelante, y ocurrió algo extraño. Cicely, hasta entonces aparentemente absorta en la inspección de una grieta del yeso, saltó al aire de improviso, dio media vuelta y aterrizó en el mismo sitio, pero con las alas abiertas como una capa, erguida sobre sus patas traseras y con ambos brazos curvados en posición de combate. Gerónimo no venía preparado para tan hostil recepción, y a una distancia de siete centímetros frenó y se le quedó mirando. Ella le devolvió la mirada con otras de provocador desprecio. Gerónimo parecía un tanto perplejo por todo el asunto; de acuerdo con su experiencia la mantis debería haber salido huyendo y volado al otro extremo de la habitación, y por el contrario allí estaba de punta, con los brazos dispuestos a acuchillarle y un manto verde de alas que crujía levemente con su balanceo. Pero a esas alturas no era ya lícito volver atrás: reunió energías y saltó al ataque.

Su velocidad y peso surtieron efecto: al dar de lleno en la mantis la hizo tambalearse y la agarró entre sus mandíbulas por la parte inferior del tórax. Cicely respondió cerrando ambas patas delanteras sobre las traseras de Gerónimo. Trabados y haciendo esos cruzaron el techo y la pared, cada uno intentando ganar ventaja sobre el otro. Luego hubo una pausa mientras los combatientes descansaban y se preparaban para un segundo asalto, sin soltarse. Yo me preguntaba si debería intervenir; no quería ver muerto a ninguno de los dos, pero al mismo tiempo la pelea era tan emocionante que no me daban ganas de separarlos. Antes de que lo decidiera se liaron otra vez.

Por alguna razón, Cicely estaba empeñada en arrastrar a Gerónimo por la pared al suelo, y él mostraba igual obstinación en tirar de ella hacia el techo. Así estuvieron cierto tiempo en tira y afloja, unas veces en una dirección y otras en otra, pero sin lograr nada decisivo. Entonces Cicely cometió su error fatal: aprovechando una de las treguas, se arrojó al aire, al parecer con la intención de volar al otro lado del cuarto con Gerónimo colgado de sus garras, cual águila que rapta un corderito. Pero no había contado con el peso de la salamanquesa. El repentino salto le cogió desprevenido y desprendió del techo las ventosas de sus dedos, pero ya en el aire se convirtió en un peso muerto, con el que ni siquiera Cicely podía cargar. En intrincada maraña de cola y patas cayeron sobre la cama.

La caída les sorprendió tanto a los dos, que se soltaron a la vez y se sentaron sobre la manta, contemplándose mutuamente con mirada abrasadora. Pensando que era una buena ocasión para interponerme entre ambos y declarar nulo el encuentro, iba a coger a los contendientes cuando volvieron a enzarzarse. Esta vez Gerónimo fue más listo y sujetó con la boca uno de los cortantes brazos de Cicely. Ella se vengó agarrándole por el cuello con el otro. Ambos luchaban con igual desventaja sobre la manta, porque se les enredaban en ella los dedos y garras y les hacía tropezar. Dando tumbos recorrieron la cama en todos los sentidos, para al fin poner rumbo a la almohada. Al llegar a ese punto uno y otro sufrían ya graves descalabros: Cicely tenía un ala aplastada y rota y una pata doblada e inútil, en tanto que Gerónimo mostraba en lomo y cuello numerosas llagas producidas por las garras delanteras de Cicely. Mi interés por saber quién ganaría era ya tan fuerte que ni pensé en detenerlos, sino que según se acercaban a la almohada desalojé la cama, porque no me seducía la idea de que Cicely me clavara una garra en el pecho.

La mantis daba la impresión de estar cansándose, pero cuando sus patas pisaron la tersa superficie de la sábana pareció recobrar ánimos. Lástima que aplicase sus nuevos arrestos a un objetivo vano. Soltó el cuello de Gerónimo y le agarró en cambio por la cola; ignoro si de ese modo pretendería levantarlo por el aire e inmovilizarlo, pero de hecho produjo el efecto contrario. Tan pronto como sintió las garras, Gerónimo se desprendió de su cola, pero el tremendo tirón que tuvo que dar para ello le hizo sacudir violentamente la cabeza, con el resultado de que se llevó el brazo de Cicely en la boca. Quedaron así Cicely con la trémula cola de Gerónimo apretada en una garra, y Gerónimo, sin cola y ensangrentado, con el brazo izquierdo de Cicely retorcido en la boca. Aún podía Cicely haber ganado la pelea atrapando rápidamente a Gerónimo antes de que él se desembarazara del brazo; pero estaba demasiado entorpecida por los bandazos de la cola, que en mi opinión tomaba por parte vital del adversario, y con su única garra la mantenía bien cogida. Gerónimo escupió el brazo y dio un salto adelante, cerró de golpe las mandíbulas, y la cabeza y el tórax de Cicely desaparecieron en su boca.

Con ello finalizaba la lucha; ya se trataba solamente de que Gerónimo aguantase hasta la muerte de Cicely. Durante largo rato no pude verlos; solamente se oía el débil aleteo de la mantis, que al fin cesó también. Hubo una pausa, y luego una cabecita arañada y ensangrentada asomó por el borde de la sábana y un par de ojos dorados me contemplaron con aire triunfal mientras Gerónimo se arrastraba cansino hasta la superficie. En un hombro le faltaba un trozo grande de piel, mostrando una llaga roja en carne viva; tenía el lomo moteado de coágulos de sangre, uno por cada punto en que Cicely le había clavado las garras, y su sanguinolento muñón de la cola iba dejando una estela roja por la sábana. Estaba deshecho, desmadejado y exhausto, pero victorioso. Allí se detuvo un rato mientras yo le limpiaba el lomo con una bolita de algodón sujeta a una cerilla. Luego, como premio, le cacé cinco moscas gordas y se las di, y él se las comió a gusto.

3) Pasadas un par de semanas desde su gran batalla una noche apareció Gerónimo sobre el alféizar y, con gran asombro por mi parte, traía consigo otra salamanquesa. El recién llegado era pequeñito, como la mitad que Gerónimo, y de un color rosa perlado muy tenue con ojos grandes y lustrosos. Gerónimo pasó a su rincón, el recién llegado se instaló en el centro del techo y ambos se dedicaron a la caza del insecto con absoluta concentración, totalmente ajenos el uno del otro. Al pronto supuse que la nueva salamanquesa, por su aspecto primoroso, sería la esposa de Gerónimo, pero la investigación del macizo de zinnias me demostró que mantenía aún su piso de soltero. La nueva debía dormir en otro sitio, y sólo aparecía de noche para unirse a Gerónimo en la ascensión del muro hasta la alcoba. Conociendo la belicosa actitud de éste respecto a sus demás congéneres, me resultaba difícil entender su tolerancia en este caso. Imaginé que acaso sería un hijo o hija suyo, pero no parecía probable: yo sabía que las salamanquesas no hacen vida de familia, limitándose en cambio a poner los huevos y dejar que las crías se las apañen como puedan. Todavía no había decidido qué nombre poner a este nuevo habitante de mi alcoba cuando sufrió un final terrible.

A la izquierda de la villa se extendía un amplio valle de césped, densamente poblado de retorcidos troncos de olivo. Rodeaban esta hondonada una serie de riscos de grava y arcilla de unos seis metros de alto, a cuya base crecía una espesa banda de arrayán, cubriendo los montones de piedras caídas. Desde mi punto de vista era un fecundo coto de caza, habitado por gran número de animales. Fue allí donde un día encontré un tronco de olivo grande y medio podrido, caído bajo los arbustos. Pensando que quizá cobijaría algo de interés, me puse a tirar de él con denuedo hasta darle la vuelta. En el surco que había abierto su peso se agazapaban dos criaturas cuya vista me dejó estupefacto.

Eran, a mi entender, dos sapos vulgares, pero los mayores de cuantos yo había visto. Cada uno tenía un diámetro mayor que el de un plato mediano. Eran de color verde grisáceo, muy granujientos, cubiertos por unos lados y otros de curiosas manchas blancas donde la piel aparecía brillante y sin pigmento. Allí estaban sentados cual dos budas obesos y leprosos, mirándome y tragando con ese aire tan culpable de los sapos. Cogí uno en cada mano: era como sostener dos globos flácidos de cuero. Ellos me guiñaron los bellos ojos dorados y se instalaron más a gusto entre mis dedos mirándome con confianza, mientras las anchas bocas de labios gruesos parecían esbozar sonrisas un tanto tímidas. Tanta era mi emoción ante el descubrimiento, que inmediatamente sentí que debía compartirlo con alguien para no explotar de gozo reprimido. Agarrando un sapo en cada mano corrí a la villa.



Cuando llegué sin aliento, Mamá y Spiro estaban en la despensa pasando revista a los comestibles. Sosteniéndolos en alto, les imploré que mirasen a mis maravillosos anfibios. Yo estaba junto a Spiro, por lo que al volverse se topó de buenas a primeras con una cara de sapo. Palideció su gesto ceñudo, se le saltaron los ojos y su piel adquirió un tinte verdoso; en ese momento su parecido con el sapo era extraordinario. Tras sacar de un latigazo el pañuelo y llevárselo a la boca, Spiro corrió a la terraza dando traspiés y vomitó violentamente.

—“No deberías enseñarle esas cosas a Spiro, hijo —me reprendió Mamá—. Sabes que no anda bien del estómago”.

Señalé que el saber que Spiro no andaba bien del estómago no me autorizaba a imaginar que la vista de tan preciosas

criaturas le afectara con aquella violencia. ¿Qué tenían de particular?, pregunté muy perplejo.

—“No tienen nada de particular, querido; son preciosos” —dijo Mamá, observándolos con cierta reserva—. Sólo que *no a todo el mundo le gustan*”.

En esto entró de nuevo Spiro, pálido y secándose la frente con el pañuelo. Rápidamente me escondí los sapos a la espalda.

—“Ay, señorito Gerrys —me dijo con voz lastimera—, ¿*por qué*s me enseñás cosas así? Perdone que saliera *afueras*, señoras *Durrels*, pero le *juros* que cuando veo uno de esos *bichós tengos* que vomitar, y me *pareciós* mejor vomitar allí *fueras* que aquí *dentros*. No me *vuelvás* a enseñar esas cosas, señorito *Gerrys*, por favor.”

Comprobé con desencanto que el resto de la familia reaccionaba poco más o menos como Spiro ante los sapos gemelos, y en vista de que nadie se disponía a compartir mi entusiasmo me los llevé tristemente a mi alcoba y los dejé con cuidado debajo de la cama.

Esa noche, ya encendidas las lámparas, los saqué a dar un paseo por el cuarto y me entretuve en lanzarles insectos de los que pululaban por la lámpara. Los sapos caminaban pomposamente de un lado a otro para zamparse aquellos regalos, cerrando sus bocazas con un débil chasquido mientras su lengua pegajosa metía dentro el insecto. Irrumpió entonces en la habitación una polilla excepcionalmente grande e histérica, y pensando que sería un bocado exquisito me puse a perseguirla sin cuartel. Al fin se posó en el techo, fuera de mi alcance y a unos centímetros del compañero de Gerónimo. Como la polilla era casi el doble de grande que ella, la salamanquesa la respetó prudentemente. Pero a mí, empeñado en servírsela a mis sapos, no se me ocurrió mejor cosa que arrojarle una revista. A la polilla ni la rozó y en cambio a la salamanquesa la cogió de lleno, en el preciso instante en que contemplaba absorta a una crisopa que se le estaba aproximando. La revista fue a estrellarse a un rincón, y con un ruido seco cayó la salamanquesa frente al mayor de los dos sapos. Antes de que el reptil pudiera recobrar el aliento o yo prestarle socorro, el sapo se inclinó hacia él con expresión bondadosa, se desplomó su mandíbula cual puente levadizo, la lengua salió y volvió a entrar con la salamanquesa, y nuevamente se cerró la bocaza para retomar su expresión de recatado buen humor. Gerónimo, que colgaba de su rincón cabeza abajo, no pareció inmutarse por la suerte de su compañero, pero a mí el incidente aquél me dejó horrorizado y pesaroso de haber sido el culpable. Rápidamente recogí a los sapos y los encerré en su cajón, por temor a que Gerónimo fuera la siguiente víctima de su ferocidad.

Aquellos sapos gigantes me intrigaban por muchos motivos. Primero, porque parecían ser de la especie común, pero mostraban unas curiosas manchas blancas en el cuerpo y las patas. Además, todos los sapos comunes que yo había visto median solo una cuarta parte del volumen de estos monstruos. Otra cosa chocante era haberlos encontrado juntos debajo del tronco; dar con uno ya habría sido algo insólito, pero encontrar dos sentados uno al lado del otro era, en mi opinión, un descubrimiento fuera de serie. Hasta me preguntaba si no resultaría algo totalmente ignorado por la ciencia. Con esa esperanza los tuve encerrados debajo de mi cama hasta el jueves siguiente, cuando llegó Teodoro. Entonces me abalancé escaleras arriba y se los bajé para que los viera.

—“Ajá— observó Teodoro, examinándolos de cerca y empujando a uno de ellos con el dedo—; sí, desde luego son ejemplares muy grandes.”

Sacó uno del cajón y lo depositó en el suelo, donde el animal se le quedó mirando con cara de pena y el aspecto de una bola de masa de pan enmohecida.

—“Hum... sí —continuó Teodoro—; parecen ser... eh... sapos comunes, aunque, como ya digo, se trata de unos ejemplares realmente *espléndidos*. Esas curiosas manchas se deben a una falta de pigmentación. Yo diría que son producto de la edad, pero por supuesto... eh... puedo estar equivocado. Deben de ser muy viejos para haber llegado a... eh... haber alcanzado esas dimensiones”.

Sus palabras me sorprendieron, pues nunca había sospechado que los sapos fueran animales particularmente longevos. Le pregunté a Teodoro qué edad solían alcanzar.

—“Bueno, es difícil calcularlo... hum... empezando porque no hay estadísticas —señaló con ojos brillantes—, pero supongo que los de este tamaño pueden muy bien tener doce o hasta veinte años. Parece ser que aman mucho la vida. En alguna parte he leído casos de sapos emparedados en los muros y demás, que han resistido muchísimo tiempo en ese estado. En uno de los ejemplos creo recordar que era algo así como veinticinco años”.

Sacó del cajón al otro sapo y lo colocó junto a su compañero. Allí quedaron los dos parpadeando y tragando aire, inflándoseles al respirar sus costados fofos. Teodoro los contempló un momento y luego extrajo unas pinzas del bolsillo del chaleco. Salió al jardín y volteó varias piedras hasta encontrar una gruesa y húmeda lombriz de tierra. La cogió

delicadamente con las pinzas y volvió a la terraza. Allí se acercó a los sapos y dejó caer la lombriz sobre las losas de piedra. El animal se hizo un nudo, y después empezó a desenroscarse lentamente. El sapo más próximo alzó la cabeza, parpadeó con rapidez y se volvió un poco hacia la lombriz, que seguía retorciéndose como una hebra de lana junto al fuego. El sapo se inclinó a mirarla con expresión de supremo interés.

—“¡Ajá!”— dijo Teodoro, y sonrió para su barba.

La lombriz efectuó un ocho convulsivo y el sapo se inclinó más, con emoción. Abrió su boca, disparó de ella la rosada lengua y la parte anterior de la lombriz pasó a las abiertas fauces. El sapo cerró la boca con un chasquido y el resto de la lombriz quedó enroscándose en el aire frenéticamente. El se sentó y con gran esmero procedió a metérsela toda en la boca con ayuda de sus pulgares. Según iba entrando cada sección de la lombriz, el sapo tragaba hondo, cerrando los ojos con un gesto de dolor agudo. Lenta pero firmemente, trocito a trocito, la lombriz desapareció entre los gruesos labios, hasta que al fin no quedaba más que un centímetro colgante, estremeciéndose aún de un lado a otro.

—“Hum —dijo Teodoro complacido—. Siempre me ha gustado verles hacer eso. Me recuerda a esos ilusionistas que se van sacando de la boca metros y metros de cintas de colores... eh... pero *al revés*, por supuesto”.

El sapo parpadeó, tragó desesperadamente apretando los párpados y el último resto de la lombriz desapareció en su boca.

—“Me pregunto —dijo Teodoro meditabundo—, me pregunto si se les podría enseñar a las ranas a tragar *sables*. Sería una experiencia interesante”.

Cogió cuidadosamente a los sapos y los reintegró a su cajón.

—“Sables que no estuvieran afilados, por supuesto —dijo, enderezándose y balanceándose sobre las puntas de los pies, con cara de regocijo—; con un sable afilado, al final en vez de tener una rana tendrías una *ranura*”.

Y riendo bajito para sí se rascó un lado de la barba con el pulgar.

4) Yo estaba recostado en un tronco de olivo que llevaba los últimos cien años adquiriendo las características de un respaldo perfecto. Muy abajo, sobre un cuadrado rubio de maíz crecido, apareció una pequeña forma blanca y negra, que planeando velozmente sobre los llanos cultivados se dirigía derecha a la cima. Al aproximarse a donde yo estaba la urraca emitió tres graznidos secos que sonaron con sordina. Recta como una flecha se zambulló en la copa de un olivo no muy lejano; hubo una pausa, y de entre el follaje salió un coro de grititos agudos que subió en crescendo para luego apagarse lentamente. De nuevo oí graznar a la urraca con voz suave y amonestadora; saltó de las ramas y descendió planeando por la ladera. Esperé hasta verla convertida en un mero puntito, entonces me levanté y rodeé con sigilo el árbol de donde habían salido los curiosos sonidos. En las ramas altas, medio escondido por las hojas verdes y plateadas, distinguí un amasijo oval de palitos, una especie de gran balón peludo. Lleno de emoción, empecé a trepar tronco arriba; ya cerca del nido, bajé la vista y el estómago me dio un vuelco. Me sudaban las palmas de las manos; con cuidado, fui corriéndome por las ramas hasta acurrucarme junto al nido. Era una construcción enorme, un gran cesto de palitos entretejidos con esmero, con un tazón hondo de barro y raicillas en el centro. El agujero lateral de entrada era pequeño, y las ramitas que lo rodeaban estaban erizadas de espinas agudas, lo mismo que los costados del nido y el redondo tejado de cestería. Era el tipo de nido pensado para desanimar al ornitólogo más ardiente.

Intentando no mirar hacia abajo, me tumbé sobre una rama e introduciendo la mano cuidadosamente en el espinoso envoltorio rebusqué en su interior. Sentí bajo los dedos la masa blanda y temblorosa de piel y plumón, y un coro estridente de píos salió de dentro del nido. Con mucho tiento cerré los dedos en torno a un bebé gordo y caliente y lo saqué. A pesar de mi entusiasmo, había que reconocer que no era ninguna belleza. El pico chato, con un pliegue amarillo en cada comisura, la cabeza calva y los ojos semicerrados y pitañosos se unían para darle un aspecto borracho y bastante estúpido. Por todas partes le colgaba la piel en bolsas y arrugas, aparentemente sujeta de mala manera a la carne por cañones negros. Entre las patas raquílicas aparecía un enorme estómago flácido, con la piel tan delgada que a su través se distinguían vagamente los órganos internos. Hurgando de nuevo en el nido encontré otros tres pollos, cada uno tan repulsivo como el primero. Tras examinarlos atentamente uno a uno y pensarlo un poco, decidí llevarme dos y dejarle los dos restantes a la madre. Escogí el mayor (porque crecería rápidamente) y el más pequeño (por su patético aspecto), los envolví tiernamente en mi camisa y bajé con cuidado.

Durante la vuelta a casa con mis nuevos protegidos fui todo el rato pensando qué nombre ponerles; aún me debatía con ese problema cuando llegué a la villa y encontré a la familia, que venía de compras en el pueblo, saliendo del

coche. Acercándoles los polluelos en la mano, pedí que alguien me sugiriera un buen par de nombres. Todos se volvieron a contemplarlos y cada uno reaccionó a su estilo.

— “¡Qué monada!” — dijo Margo.

— “¿Con qué los vas a alimentar?” —preguntó Mamá. — “¡Qué cosa tan repugnante!” —dijo Leslie.

— “¿Más animales?” —exclamó Larry con desagrado.

— “*Válgames*, señorito *Gerrys* —dijo Spiro con cara de asco— ¿qué son?”

Repliqué con frialdad que eran urracas pequeñas y que yo no le había pedido a nadie su opinión sobre ellas, sino simplemente alguna sugerencia para ponerles nombre. ¿Cómo podían llamarse?

— “Pobrecitas criaturas, mira que quitarlas de su madre” —dijo Margo.

— “Espero que serán ya lo bastante mayores para comer solas, querido” — dijo Mamá.

— “¡Qué barbaridad! Las cosas que *encuentras* el señorito *Gerrys*” — dijo Spiro.

— “Tendrás que vigilarlas para que no roben” —dijo Leslie.

— “¿Roban? —preguntó Larry alarmado—. ¿No son las grajillas las que roban?”

— “Y las urracas —dijo Leslie—; menudas ladronas son las urracas”.

Larry sacó del bolsillo un billete de cien dracmas y lo agitó ante los pollos: al punto se irguieron, estiraron el cuello con el pico abierto de par en par y se revolviéron frenéticos. Larry retrocedió rápidamente.

— “¡Tienes razón, qué demonios! —exclamó muy excitado—. ¿Habéis visto? ¡Nada más ver el dinero se disponen a desvalijarme!”

— “No seas ridículo, querido; lo que pasa es que tienen hambre” —dijo Mamá.

— “Nada de eso, Mamá... ¿no has visto cómo se me tiraban? Es el dinero... ya a esa edad tienen instintos delictivos. No nos podemos quedar con unos bichos así; sería como vivir con Arsenio Lupin. Llévatelos y los dejas donde estaban, Gerry”.

Candorosa y cínicamente expliqué que no podía hacerlo, porque la madre los abandonaría y perecerían de hambre. Ese argumento surtió el efecto previsto sobre Mamá y Margo.

— “No vamos a dejar que las pobres criaturitas se mueran de hambre” —protestó Margo.

— “Yo no veo ningún inconveniente en quedarnos con ellas” —dijo Mamá.

— “Te arrepentirás —dijo Larry—; son ganas de buscarse complicaciones. Nos expoliarán toda la casa. Tendremos que enterrar todas las cosas de valor y ponerles un vigilante armado. Es una locura”.

— “No digas tonterías, querido —dijo Mamá tratando de calmarle—. Podremos tenerlos en una jaula y sacarles sólo a que hagan ejercicio”.

— “¡Ejercicio! —exclamó Larry—. Le llamarás ejercicio a que revoloteen por todos lados con billetes de cien dracmas en sus cochinos picos”.

Yo prometí seriamente que bajo ninguna circunstancia se les permitiría robar. Larry me miró con desconfianza. Señalé que aún estaban sin bautizar, pero a nadie se le ocurría un nombre apropiado. Todos nos quedamos mirando a los temblorosos pollos, pero no nos soplaba la inspiración.

— “¿Y qué van a hacer con esas *porquerías*?” —preguntó Spiro.

Con cierta acritud le respondí que pensaba quedarme con ellas, y que además no eran ninguna porquería, sino unas urracas.

— ¿*Cómos* se llaman? —preguntó Spiro, frunciendo el ceño.

— Urracas, Spiro, urracas —dijo Mamá con pronunciación clara y pausada.

Spiro se quedó rumiando la nueva adición a su vocabulario inglés, repitiéndola entre dientes para aprendérsela bien.

— “*Curracas* —dijo por fin—; *gurracas*, ¿no?”



— Urracas, Spiro —le corrigió Margo.

— “Pues esos es lo que he *dichos* —replicó Spiro indignado—, *gurracas*”.

Desde aquel momento renunciamos a buscarles nombre y pasaron a llamarse simplemente las Gurracas.

Transcurrido el período de voracidad necesario para que adquirieran toda su pluma, Larry estaba ya tan acostumbrado a verlas por casa que se olvidó de sus presuntos hábitos delictivos. Gordas, lustrosas, locuaces, posadas sobre su cesta y batiendo las alas con energía, las Gurracas eran la imagen misma de la inocencia. Todo fue bien hasta que aprendieron a volar. Las primeras etapas consistían en saltar de la mesa de la terraza, aletear con frenesí y planear hasta estrellarse en las losas de piedra, unos cinco metros más abajo. Su valor fue robusteciéndose al tiempo que sus alas, y no hubo que esperar mucho para presenciar su primer vuelo auténtico, una especie de ti vivo alrededor de la villa.

Pronto aprendieron que la cocina era un lugar excelente de visita con tal de que permanecieran en el umbral; en el cuarto de estar y el comedor no entraban nunca si había alguien; de las alcobas, sabían que la única en que se garantizaba una cálida acogida era la mía. En las de Mamá y Margo entraban, pero continuamente se les estaba diciendo que no hicieran esto ni aquello, y se aburrían. Leslie no les permitía pasar más allá del alféizar de su ventana, y dejaron de visitarle a partir del día en que se le disparó accidentalmente una escopeta. Aquello les produjo un ataque de nervios, y creo que tenían la vaga impresión de que Leslie había atentado contra sus vidas. Pero el cuarto que más les intrigaba y fascinaba era, por supuesto, el de Larry, posiblemente porque nunca lograban echarle un buen vistazo. Antes de tocar siquiera el alféizar recibían tales rugidos de ira, seguidos de rápida lluvia de proyectiles, que no tenían más remedio que aletear velozmente hasta la seguridad del magnolio. Incapaces de comprender la actitud de Larry, dedujeron que si armaba todo aquel alboroto sería porque tenía algo que ocultar, y se impusieron el deber de encontrarlo. Para ello esperaron pacientemente hasta una tarde en que Larry salió a darse un baño y dejó la ventana abierta.

Yo no descubrí a qué actividad se estaban dedicando las Gurracas hasta que volvió Larry; las eché de menos, pero supuse que habrían volado monte abajo a robar uvas. Es obvio que tenían conciencia de estar haciendo una maldad, porque aunque habitualmente locuaces llevaron a cabo su incursión en silencio y (según Larry) turnándose de centinelas en el alféizar. Allí es donde él, al subir por el monte, vio con horror a una de ellas, y le gritó iracundo. El pájaro dio un chillido de alarma, el otro salió de la habitación y ambos volaron al magnolio graznando con voz ronca, como escolares sorprendidos saqueando un huerto. Larry entró corriendo en casa y se abalanzó a su cuarto, agarrándome por el camino. Al abrir la puerta exhaló un alarido de alma en pena.

Las Gurracas habían registrado el cuarto con la minuciosidad de un agente secreto en busca de planos. Como cúmulos de hojas otoñales yacían por el suelo montañas de papeles escritos a mano y a máquina, decorados en su mayoría con primoroso encaje de agujeros. Hay que decir que las Gurracas sentían pasión por el papel. La máquina de escribir aparecía en mitad de la mesa cual caballo destripado en el ruedo, saliéndosele la cinta por todas partes y con las teclas salpicadas de excremento. Una escarcha de brillantes clips recubría alfombra, cama y mesa. Las Gurracas, sin duda llevadas de la sospecha de que Larry fuera traficante de drogas, habían luchado valerosamente con la lata de bicarbonato hasta derramar su contenido sobre una fila de libros, confiriéndoles todo el aspecto de una cordillera nevada. La mesa, el suelo, los manuscritos, la cama, y sobre todo la almohada, aparecían adornadas con artística y original cadeneta de pisadas en tintas verde y roja, como si cada una de las aves hubiera vertido su color favorito para pasarse en él. El frasco de tinta azul, que no habría resultado tan llamativo, estaba intacto.

— “Esto es el colmo —dijo Larry con voz temblorosa—, el verdadero colmo de los colmos. O haces algo con esos animales, o les retuerzo el cuello personalmente”.

Yo protesté que no podía culpar a las Gurracas. Les llamaban la atención los objetos, expliqué; no lo podían evitar, estaban hechas así. Todos los miembros de la familia de los córvidos, continué acudiendo con calor a su defensa, eran curiosos por naturaleza. No tenían conciencia de haberse portado mal.

— “No pretendo que me des una conferencia sobre la familia de los córvidos —dijo Larry amenazador—, y no me interesa el sentido moral de las urracas, sea heredado o adquirido. Lo único que te digo es que o te deshaces de ellas o las encierras, porque en caso contrario les voy a arrancar las alas de cuajo”.

El resto de la familia, ante la imposibilidad de sestear mientras durase la discusión, acudió a averiguar la causa del alboroto.

— “¡Dios santo! Pero, querido, ¿qué has hecho?” —preguntó Mamá, paseando la vista por la habitación arrasada.

— “Mamá, no estoy de humor para contestar preguntas imbéciles”.

— “Deben haber sido las Gurracas —dijo Leslie, con la satisfacción con que el profeta ve cumplidas sus profecías—. ¿Te falta algo?”

— “No, no falta nada —dijo Larry con rencor—; ese detalle me lo han perdonado”.

— “Tus papeles han quedado hechos una pena” —observó Margo.

Larry la miró un momento, respirando hondo.

— “Qué eufemismo tan magistral —dijo por fin—; siempre encontrarás la estupidez más apropiada para resumir una catástrofe. Cómo envidio tu incapacidad pensante frente a la fatalidad”.

— “No hay por qué insultar” —dijo Margo.

— “Larry no habla en serio, querida —explicó Mamá faltando a la verdad—; es natural que esté disgustado”.

— “¿Disgustado? ¿Disgustado? Esos buitres tiñosos me asaltan esto como un par de críticos, me destrozan y ensucian el manuscrito cuando ni siquiera estaba aún terminado, ¿y te parece que estoy disgustado?”

— “Es muy enojoso, querido —dijo Mamá, intentando mostrarse vehemente—, pero estoy segura de que no lo han hecho a propósito. Ten en cuenta que no entienden... no son más que unos pájaros”.

— “Mira, no empieces —dijo Larry con ferocidad—. Ya he tenido que soportar un discurso sobre el bien y el mal en la familia de los córvidos. Vuestra actitud ante los animales es algo repugnante: tanta cursilería antropomórfica para excusarles, pobrecitos. ¿Por qué no os hacéis todos Adoradores de las Urracas y construís un templo en su honor? No parece sino que soy yo el culpable, y que es culpa mía que mi cuarto esté como si acabara de saquearlo Atila rey de los hunos. Pues os lo aviso: si no se hace algo con esos bichos de inmediato, yo mismo me encargaré de ellos”.

Como Larry parecía dispuesto a realizar sus propósitos asesinos, decidí que sería más prudente poner a las Gurracas a buen recaudo; mientras pensaba qué hacer con ellas, las hice entrar en mi alcoba con ayuda de un huevo crudo y las encerré en su cesto.

5) Poco después de que encontráramos a mi tortuga Aquiles muerta, obtuve otro animalito del Hombre de las Cetonias*. Esta vez fue un palomo. Era todavía muy joven y había que alimentarlo a la fuerza, a base de pan con leche y cereal mojado. Era el pájaro de aspecto más repulsivo del mundo, con las plumas peleando por salirle del rojo pellejo arrugado, mezcladas con el horrible plumón amarillo que recubre a las palomas recién nacidas, de manera que parece que se decoloran el pelo. Debido a esta apariencia repugnante y a su obesidad, Larry propuso llamarle Quasimodo y yo accedí, porque me gustó el nombre sin darme cuenta de sus resonancias. Mucho tiempo después de que él comiera solo y cuando le habían salido todas las plumas, conservó Quasimodo en la cabeza un copete de plumón amarillo, que le daba el aspecto de un pomposo juez con peluca.



Debido a su nada ortodoxa crianza y al hecho de no tener padres que le enseñaran las cosas de la vida, Quasimodo estaba convencido de no ser en realidad un ave y se negó a volar. En su lugar, iba a todas partes andando. Si le apetecía subirse a una mesa o a una silla, se metía debajo y, ladeando la cabeza, arrullaba con su rico timbre de contralto hasta que alguien lo subía. Siempre quería participar en todo lo que hiciéramos, y hasta intentaba venirse con nosotros de paseo. Pero esto no se lo podíamos permitir, porque o había que llevarlo sobre un hombro, con el consiguiente *peligro de accidentes* para la ropa, o dejarle caminar atrás. Si se le dejaba caminar teníamos que ajustar nuestro paso al suyo, porque si uno se adelantaba mucho pronto llegaban a sus oídos unos arrullos frenéticos e implorantes, y al volverse se encontraba a Quasimodo corriendo desesperadamente en la retaguardia, meneando la cola seductoramente y con el irisado buche inflado de indignación ante tamaña crueldad.

Se empeñó Quasimodo en dormir en casa; no hubo amenaza ni rapapolvo que lograra hacerle ocupar el palomar que yo le había construido para ello. Prefería dormir a los pies de la cama de Margo. Con el tiempo, sin embargo, se le desterró al sofá del cuarto de estar, porque si de noche Margo daba una vuelta Quasimodo se despertaba, brincaba por la cama y acababa por ponerse en su cara, arrullando cariñosa y enérgicamente.



Fue Larry quien descubrió que Quasimodo era un palomo musical. No sólo le gustaba la música, sino que a todas luces parecía reconocer dos variedades distintas, el vals y la marcha militar. Con música corriente se pegaba lo más posible al gramófono y permanecía allí sentado con los ojos entornados, inflado el buche y ronroneando suavemente. Pero si la melodía era un vals daba vueltas y vueltas alrededor del aparato, inclinándose, retorciéndose, arrullando con voz temblorosa. Si era una marcha, en cambio —y preferentemente las de Sousa—, se erguía a toda su altura, ahuecaba el pecho y marcaba el paso por toda la habitación, con arrullo tan rico y cavernoso que parecía estrangularse de un momento a otro. Jamás intentó esas acciones con ningún otro tipo de música excepto marchas y vales. Pero ocasionalmente, y sí hacía tiempo que no oía música, era tal su entusiasmo al escuchar el gramófono que empezaba a escenificar una marcha por un vals o viceversa: entonces invariablemente se detenía a la mitad y corregía sus pasos.

Un día aciago, al despertar a Quasimodo, constatamos, que nos había engañado a todos porque entre los cojines yacía un reluciente huevo blanco. De aquel trauma no llegó a recuperarse. Se volvió amargado, taciturno, o más bien taciturna, y picaba como una fiera si intentábamos cogerla. Puso después otro huevo, y su carácter cambió por completo. Estaba más salvaje cada día y nos trataba como a sus peores enemigos, acercándose de tapadillo a comer a la puerta de la cocina como si temiera por su vida. Ni siquiera el gramófono la indujo a entrar de nuevo en casa. La última vez que la vi estaba sentada en un olivo, arrullando de la manera más coqueta y pretenciosa, mientras un poco más allá en la misma rama un palomo grande y de aspecto muy masculino se contorsionaba y arrullaba en perfecto éxtasis de admiración.

Durante cierto tiempo el Hombre de las Cetonias* siguió viniendo por la villa con asiduidad para añadir algún habitante a mi zoológico: una rana quizá, o un gorrión *patiquebrado*. Una tarde Mamá y yo, en un arranque de sentimentalismo extravagante, le compramos todas sus existencias de cetonias y, cuando se marchó, las soltamos por el jardín. Días y días estuvo la villa llena de cetonias que trepaban a las camas, se agazapaban en el cuarto de baño, se estrellaban de noche contra las luces y nos caían en el regazo como esmeraldas.

La última vez que vi al Hombre de las Cetonias* fue un atardecer, estando yo sentado en un altillo que dominaba el camino. Venía evidentemente de alguna fiesta y había tragado cantidad de vino, pues hacía esos de lado a lado del camino, tocando con la flauta una tonada melancólica. Grité un saludo, y sin volverse me hizo una seña estafalaria. Al doblar el recodo se silueteó un instante sobre el pálido color lavanda de la tarde. Vi su sombrero andrajoso con las plumas al viento, los abultados bolsillos de su abrigo, las jaulas de mimbre llenas de soñolientas palomas a su espalda, y sobre la cabeza, dando vueltas y más vueltas a lo tonto, los puntitos minúsculos de las cetonias. Torció entonces la esquina y no quedó sino el cielo pálido con una luna nueva suspendida como una pluma de plata y el blando gorjeo de su flauta perdiéndose en el crepúsculo lejano.

***Cetonias:** Son escarabajos de cuerpo macizo, compacto, de colores verdes o morados metalizados, y negruzcos, con las tibias ensanchadas y las antenas con forma de abanico.



ACTIVIDADES DEL PLAN DE LECTURA DE 1º ESO.

“MI FAMILIA Y OTROS ANIMALES”. AUTOR: GERALD DURRELL

1.

- a) ¿Qué sexo tienen los caracoles?
- b) ¿Cómo se produce el apareamiento?

2.

- a) ¿Qué tamaño pueden alcanzar las mantis?
- b) El protagonista del texto, ¿qué nombre le puso a la salamandera?
- c) ¿Qué pasó al final entre Gerónimo y Cicely?

3. ¿Qué tenían en el cuerpo los sapos gigantes que intrigaban a nuestro protagonista?

4. ¿Por qué tenían pasión las urracas o gurracas?

5. ¿Qué descubrió Larry sobre el palomo Quasimodo?